

**1.
MENTIRAS DE PEROGRULLO.
LAS EXPEDICIONES AL CHACO
DE LEOPOLDO ARNAUD
Y DE EDUARDO L. HOLMBERG
(ARGENTINA, 1884-1885)**

IRINA PODGORNÝ

Este trabajo empieza con una anécdota tarijeña y con una ficción del realismo colombiano. La primera fue referida por Juan Martín Leguizamón (1830-1881) en el marco de sus trabajos sobre la frontera argentina con Bolivia y el mapa topográfico del disputado Chaco salteño. Dice así: según Leguizamón, en 1846 el teniente gobernador de Orán informaba al gobernador de la Provincia de Salta que, recientemente, se habían presentado los señores Ondarza, Mujía y Camacho, tres jóvenes que

habían construido dos pequeñas canoas en las juntas de los ríos Itaú y Tarija en las que bajaron hasta las endereceras de esta ciudad que son las juntas de los Ríos Zenta y Bermejo. Se presentaron en este pueblo como unos viajeros naturalistas presentando también al pueblo una pequeña colección de aves disecadas, con esto sorprendieron la sencilla y buena fe de estos habitantes, recabaron permiso de la Tenencia de Gobierno para continuar su cacería en las inmediaciones de este pueblo y se les concedió, salieron a ella, y con fuga precipitada regresaron a territorio boliviano (Leguizamón 1872, 88).

Luego, en Orán se enterarían que, en realidad, se había tratado de una incursión de los ingenieros a cargo del mapa boliviano que, con trescientos pesos de la caja de Tarija, armaron canoas para hacer el reconocimiento del río del que hasta entonces no se tenía conocimiento si era navegable o no. Viajaban, sin embargo, recomendados como practicantes y naturalistas que andaban por las

fronteras haciendo observaciones para adelantar su ciencia. Su aspecto sencillo, acompañado solamente por cuatro peones, dos cajones de aves, la pequeñez y debilidad de las jangadas y “también porque en este país retirado se carece absolutamente de antecedentes en política” hicieron que no se sospechara de ellos y se le brindaran todas las facilidades para recabar los datos usados a favor de los intereses bolivianos.

La ficción, por su parte, es una suerte de crónica costumbrista de Felipe Pérez Manosalba (1836–1891), titulada “Los viajeros en Colombia y Sur América” (ver apéndice) donde se mofa de los gobiernos y describe cuán fácilmente cualquier pelafustán podía, si lo deseaba, adoptar la identidad de “viajero naturalista” o anticuario para reclamar, con éxito, misiones oficiales, explorar el territorio y publicar, con fondos del Estado, verdades y mentiras de Perogrullo: en el Magdalena, los árboles son verdes; la lluvia, en Lima, moja; en Pasto, hay mujeres bellas, aunque otras no me gustaron tanto ².

Leguizamón y Pérez nunca se conocieron. Sin embargo, con pocos años de diferencia, a uno y otro lado de América del Sur, ambos desnudaron la recurrencia de un problema mucho más común de lo que la literatura contemporánea parece dispuesta a discutir. Se trata de la abundancia de estafadores, impostores, publicistas o como quiera llamarse a esas damas y a esos caballeros que, merced a cargar con ellos un cajón con pajaritos, libros de tapa dura, una libreta y unos pocos instrumentos, lograron que se les abrieran las puertas de las casas, de las oficinas del gobierno, de los respectivos museos y de las asociaciones científicas nacionales.

Lejos de la anécdota y del mero tropo literario, lo cierto es que quien se pone a escribir historia de la ciencia y deja de lado el tono heroico o la crítica ideológica, no puede evitar toparse con ellos. Y no de vez en cuando, como en un descuido de algún patriarca tropical. Tampoco ocurre en todos los segundos pero sí, en todos los rincones: los nombres de falsos cónsules, falsos naturalistas, falsas poetisas y falsos sabios abundan en las páginas de la prensa y de las revistas científicas, en los programas de los banquetes y conferencias, en los discursos de bienvenida y en los juicios en los tribunales de los climas tórridos y fríos, al norte y al sur del Ecuador, al este y al oeste de Greenwich (Podgorny 2009, 2010,

2011 b, 2014, 2015, 2016). Curiosamente, la historiografía no habla de ellos, como si no los viera, o, si los nombra, repite sus palabras, sin darse cuenta que, además de mentirle a sus contemporáneos, estos sujetos continúan su obra engatusando a sus historiadores. Más de un trabajo analiza sus discursos, sus ideas o su existencia como una prueba más de la importancia del positivismo y de la ciencia en la fundación de las naciones del continente americano. A fin de cuentas, si sólo nos fijamos en las palabras que imprimieron, dicen lo mismo que un Sarmiento en la Argentina o un Justo Sierra en México, con las mismas pruebas, las mismas referencias, los mismos argumentos.

Sumado a ello, estos mentirosos aparecen celebrados en las historias locales o regionales, en una escala donde, como muestra la anécdota de los ingenieros bolivianos, es muy difícil reconocer la verdad a partir de un único episodio, despojado del itinerario que precede y sucede a ese encuentro. El viaje, como bien sabían los naturalistas del XVIII, fragmenta la experiencia del viajero (Outram 1984, 63-64, y Podgorny y Schäffner 2000) pero también la de los quienes los ven llegar y partir. A veces, los historiadores, conformándonos con la escala local, sólo nos preguntamos qué dijeron sobre este concreto punto meridiano esos que, alguna vez, pasaron por aquí, sin preguntarnos ni de dónde venían ni a dónde siguieron. Es tan difícil demostrar que en Lima no llueve, como que quien lo dice o dijo, era un mentiroso. Los estafadores en viaje y la mentira itinerante aparecen sólo cuando se recomponen las cadenas que la experiencia individual destruye, cuando se cruza la frontera de las historiografías regionales y se unen los eslabones de los itinerarios fragmentados por las tradiciones del historiador.

Una vez pasado ese umbral, se hace evidente que determinados individuos viven viajando y repitiendo cuentos en cada pueblo que visitan y al que nunca vuelven, pero también que estos mentirosos son parte de un sistema de comunicación y transmisión de conocimiento que habla y actúa por y a través de ellos. Lo que dicen es de algún modo irrelevante, meras banalidades del sentido común de la época que, como las que Felipe Pérez pone en boca de M. Gervasio, sirven para llenar cuadernos y columnas de la prensa. Lo interesante es, en cambio, su abundancia, su existencia y la posibilidad de entender su papel como canales indispensables para que el conocimiento se mueva. A partir de

esas ideas, este trabajo sugiere llevar aún más lejos la propuesta de incluir a los aficionados y los amateurs en la historia del saber (Cook 2007, Roberts, 2009, Secord, 2004). Ambas categorías, a pesar del carácter despectivo con las que se cubrieron a partir del siglo XX o del tardío XIX, tienen un dejo positivo y no resulta difícil aceptar que una persona bien intencionada del campo o de la ciudad haya colaborado con los objetivos y el edificio de la ciencia (MacCray 2006). Pero aquí se trata de estafadores, de impostores, de gente que habla y, a conciencia, miente. Aun así, al hacerlo crea hechos, produce datos y verdades, moviliza objetos de un lugar a otro, como cualquier aficionado o profesional quienes —a fin de cuentas— también se dejan hablar por los sistemas de su tiempo (Kittler, 1985).

Las páginas que siguen se refieren a uno de estos estafadores: el español Leopoldo Arnaud, director de la comisión científica que, en la Argentina, acompañó la Expedición Militar al Chaco de 1884 y 1885. Se refiere también al grupo de científicos, profesores y naturalistas de las instituciones argentinas que, en simultáneo, logra organizar otra expedición para desafiar el carácter espurio de la primera. Se trata de dos expediciones oficiales, una dirigida por un impostor, y la otra por académicos y profesores de aceptado prestigio, con sueldos de un Estado que se está armando con ellos. Gran parte de este trabajo se basa en la lectura de la prensa de Buenos Aires de 1884-1885, una fuente privilegiada para detectar charlatanes y estafadores en viaje pero que debe entenderse históricamente y que está atravesada por la lógica del escándalo, el enfrentamiento, la fragmentación y la adscripción a una facción, política o de otro tipo, una lógica que modelaría subjetividades y, también, una manera de hacer ciencia (Podgorny, 2016 y 2014 b).

LA EXPEDICIÓN AL CHACO DE LEOPOLDO ARNAUD

En 1884, el general Benjamín Victorica (1831-1913), ministro de Guerra y Marina bajo la presidencia de Julio Argentino Roca, dirigió una campaña militar para llevar la frontera con los indígenas del Chaco hasta el río Bermejo, levantando una línea de fortines que llegara hasta Salta. Como ocurrió en la Expedición al Río Negro de 1879, Adolf Doering (1848-1925), químico y malacó-

logo alemán de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba, se movió para conseguir que algunas de las columnas militares fueran escoltadas por una comisión científica compuesta por profesores y ayudantes de su confianza (Podgorny y Lopes, 2008).

A inicios de octubre de 1884, la expedición militar del ministro de Guerra en la Guerra del Chaco partía acompañada por una comisión científica encargada de practicar estudios. Sin embargo, Doering no fue con ellos; a cargo de la jefatura había quedado Leopoldo Arnaud, un desconocido a quien se le atribuía una remuneración de 350 pesos mensuales más dos pesos diarios de viáticos. Bajo su dirección, actuarían los naturalistas antes sugeridos por Doering: el ingeniero hidrográfico A. Rosenthal; el geólogo coleccionista Florentino Ameghino (1854?-1911) —por ese entonces profesor en la Universidad de Córdoba; los preparadores geológico T. Schulz y botánico K. Galander, y los ayudantes coleccionistas zoológico y agrónomo C. Rodríguez Lubary y J. Haver. Se autorizaba, además, al cirujano mayor del ejército para que adquiriera los medicamentos y útiles de curación y de cirugía necesarios para las cuatro mochilas, 24 valijas y 16 cartucheras que constituían el botiquín de la expedición. Frente al anuncio de estos nombres, los distintos diarios de Buenos Aires, portavoces de los científicos relegados o enemigos políticos del ministro en particular o del gobierno en general, inmediatamente anunciaron el fracaso del futuro proyecto. Algunos, como *La Crónica*, salían a defender la comisión de la que, a último momento, se habían bajado los nombres del ingeniero y del geólogo. Pero el mayor problema no estaba en esas renunciadas sino en la figura de Leopoldo Arnaud, quien tenía “la horrible mancha de ser krausista”. *La Crónica* lo defendía con prudencia y pedía que se lo juzgara a su regreso, al evaluar la producción de este ignoto joven, cuyo amor propio lastimaban por igual los diarios y las “apreciaciones apasionadas de algunos adversarios o envidiosos por condición”³.

Por su parte, *La Unión* y *El Diario* se burlaban de que el gobierno lo presentara como uno de los “compañeros de Stanley” cuando nunca, nadie, había visto su nombre asociado al famoso explorador del África. A *La Crónica*, en cambio, esa ausencia le parecía evidente; Arnaud a gatas llegaba a los veinticinco años; ¿cómo habría podido figurar en esos relatos, si cuando estuvo con él, contaba apenas con dieciséis años y su colaboración había sido

muy reducida? Por el contrario, había probado —según *La Crónica*— sus amplios conocimientos científicos como profesor de historia natural en el principal colegio oficial de La Habana, de donde acababa de llegar. Esto —que llegaba de La Habana— no era mentira. El mismo Arnaud, en sus publicaciones, haría mención a su vida cubana, refiriéndose a la nostalgia que sentía al comparar el paisaje del Chaco con las mujeres, la música, el paisaje, los ingenios, los esclavos y las palmeras de la isla. Hijo de Leonardo y de Carmen Orge, una familia original de Galicia, Arnaud habría nacido alrededor de 1860. Su padre y su tío Leopoldo eran médicos; este último, doctorado además en farmacia y letras, se había trasladado a las propiedades de su esposa en Cuba. Su otro tío, el coronel Hipólito Arnaud, había sido gobernador de Cienfuegos⁴. Quizás Leopoldo se trasladó al Caribe vislumbrando las posibilidades de una familia colocada en la administración y gobierno del territorio ultramarino.

Ni los atacantes ni los defensores porteños de Arnaud consideraron que, en realidad, se pudiera tratar del escribiente de igual nombre, natural de Valladolid, soltero, mayor de edad, empleado en la ciudad cubana de Matanzas y que, en 1880, había sido dejado cesante, acusado de falsificar recibos y talonarios de la administración, en cuyo nombre cobraba quedándose con la recaudación (GGyF, 1881 y Trujillo y Monagas, 2006.). El fraude, por más de 45 mil pesos oro, descubierto por el infatigable inspector canario José Trujillo —abuelo del generalísimo dominicano Rafael Leónidas— no parece haberlo perseguido en una vida de impostor que continuó, luego del viaje al Chaco, en Perú, Madrid y los Estados Unidos de América, donde se instalaría como cónsul honorario del Perú en Chicago. Moriría en Nueva York en 1931. Ahí, el 17 de marzo de 1894 se había casado con Fortunée Marie-Louise Zacharié, hija de Elly Zacharie, un nativo de las Carolinas e inventor de productos de limpieza. Fortunata fue la madre de Leonardo y Leopoldo Arnaud, más tarde director del Departamento de Arquitectura de la Universidad de Columbia. En 1894 el *New York Times*, en su página de sociales, publicó el anuncio de la boda, destacando que el novio era un viajero, científico y autor ampliamente conocido en España y en Iberoamérica, antiguo delegado científico de la Argentina en la Exposición de París de 1889 y en la de Chicago de 1892, donde su última obra geológica

había recibido uno de los premios del jurado. La vida de Arnaud, a diferencia de otras vidas itinerantes, es una historia coronada por el éxito y una familia bien educada ⁵.

A los argentinos de 1884 no les molestaba tanto su pasado o su futuro —aún desconocido; lo que los irritaba era que, en julio de ese año, a quince días de llegado al país, presentado a Victorica por intermedio Manuel José Olascoaga, jefe del Departamento de Ingenieros Militares, el ministro de Guerra y Marina lo nombrara inmediatamente presidente de la comisión científica y jefe de la columna expedicionaria del Chaco. Ésta con carácter ajeno a la expedición militar, debía recorrer el territorio, estudiando y constatando “las condiciones especiales que concurrían en la extensión desconocida” en cuanto a la topografía, la hidrografía, geología, fauna y flora, etc., según las instrucciones giradas en septiembre de 1884 y muy probablemente redactadas bajo la mirada de Adolf Doering. A ellas debían someterse Arnaud y los miembros de una comisión científica encargada de determinar la calidad de los terrenos del Chaco austral desde el punto de vista geológico y mineralógico, tanto en el sentido científico como en el de aplicación industrial inmediata, que daría a conocer los pastos y el género agrícola a que podrían dedicarse. También debían clasificar los minerales y la utilidad directa que pudieran reportar a la industria y, en segundo lugar, atender a los estudios paleontológicos cuando las circunstancias fueran favorables, y conservar los fósiles que pudieran adquirirse. La flora y la fauna ocupaban el tercer y cuarto lugar de la lista de tareas: la colección de ejemplares debía ser presentada al Estado preparada, clasificada y ordenada con arreglo a la ciencia. Finalmente, había de ocuparse de los estudios geográfico-políticos de las tribus encontradas y de la conservación de todos aquellos objetos que, aparte de ofrecer interés al estudio arqueológico, “lo ofrecen a la curiosidad pública”. Debían llevarse dos diarios: uno con los estudios y observaciones del día, otro con las impresiones de viaje. Si alguien salía por su cuenta, teniendo en cuenta la posibilidad de no regresar vivo, debía dejar las colecciones en el campamento a disposición del jefe. El estado mayor general proporcionaría un local para depositarlas y, una vez estudiadas, pasarían a disposición del ministro (Campaña del Chaco, 1885).

Luego de las bajas y las renunciaciones, atacada por la prensa, la comisión de Arnaud quedó compuesta por los siguientes hombres: el ingeniero Emilio Donegani y los coleccionistas Carlos Rodríguez Lubary (zoología) —primo de del naturalista Eduardo Holmberg (1852-1937), médico y redactor de *La Crónica*; Alejandro Edelmann (botánica) y, en geología, Toribio Ortiz, el cuñado de Pedro Scalabrini, profesor de la Escuela Normal y coleccionista de fósiles de la ciudad de Paraná. A ellos se sumaba el agrónomo Juan Hawer. La falta de preparadores —decía Arnaud— presagiaba el fracaso de una tarea a realizarse a unas temperaturas que causaban, de un día para el otro, la descomposición y putrefacción de las cosas (Arnaud, 1885, 1889a). La caravana partió junto con la comisión de ingenieros desde un punto antes llamado el Timbó (Puerto Bermejo), con un carro, una decena de mulas cargadas y 26 bueyes, incluyendo los seis que llevaban el carro. El carrero era un indio de los Carayá; el guía, un toba viejo. Un lenguaraz hacía de intérprete, ya que ninguno de ellos hablaba una sola palabra de “cristiano”. Arnaud escribiría luego que, quizás por alguna falla en las escudriñaciones, en el itinerario no se había visto vestigio mineral digno de tenerse en cuenta. Bajo el punto de vista paleontológico, sucedía lo mismo: ningún indicio de existencias fósiles, a pesar de las excavaciones practicadas en lugares “en donde racionalmente pudieran sospecharse”. La fauna y la flora, era poco variada. En cuanto a la fauna, el primo de Holmberg, mientras duró en la comisión, coleccionó 800 insectos, 500 arácnidos y 25 reptiles, pero Arnaud dejó su clasificación “para otra ocasión más oportuna”. Los mamíferos —según Arnaud— se pudrieron con las lluvias; de las aves sólo habían quedado 16. Se contaba, en cambio, con 816 plantas prensadas y con la promesa de dar a conocer en el futuro los recursos de los bosques (Arnaud, 1889).

A fines de noviembre de 1884, un mes después de la partida, Toribio Ortiz y Rodríguez Lubary fueron desgranados de la comisión mediante un sumario, dado que su conducta y proceder —en palabras de Arnaud— hacía tiempo no era satisfactoria. Uriburu, el jefe militar de otra columna, dio cuenta de las desinteligencias reinantes entre los miembros de la comisión científica y hubo de levantar un informe sobre lo ocurrido. Con su partida, los ingenieros o el agrónomo poco pudieron hacer en áreas que apenas manejaban.

HOLMBERG VS. DOERING

En ese mismo mes de noviembre, Adolfo Doering y Eduardo Holmberg se embarcaron en una polémica que los diarios de Buenos Aires ventilaron con forma cercana al folletín y que llegaría a su clímax en febrero de 1885. En una serie de cartas y acusaciones con el título de “Holmberg vs. Doering” y “Doering vs. Holmberg” salía a la luz el carácter inquieto, turbulento e intrigante del profesor cordobés⁶. El conflicto se había desencadenado por la designación de Holmberg en la dirección de una segunda expedición al Chaco, compuesta, en parte, por los profesores y académicos de Córdoba, Kurtz y Ameghino. Doering amenazaba: no los dejaría partir bajo la dirección de un mocoso con pretensiones de “gran mogol”, mote que le achacaba a Holmberg y, probablemente, se refiriera a la orden que ostentaba Guido Bennati, “Comendador de Orden Imperial del Gran Mogol” y presidente de la “Comisión Médica Científica Italiana”, una sociedad que había iniciado sus actividades en América del Sur en 1868. Esta, que no había sido designada “por ningún Rey, ningún Emperador y por ningún Presidente de la República en su calidad de mandatario de ningún Pueblo”, se dedicaba a curar enfermos, y para 1876 registraba en sus libros veintinueve mil setecientos noventa y cinco curados gratuitamente.

Se trataba de “una Comisión de hombres eminente humanitarios que tiene por objeto no sólo defender los derechos del hombre, sino también la obligación contraída de ilustrar la especie humana, no con teorías sofistas vulgares, sino con hechos prácticos de verdadera caridad de beneficencia” (*Diplomas i Documentos*, III y Podgorny, 2011b). Para 1883, había recorrido la Argentina, Paraguay y Bolivia, montando una colección que, con el nombre de “Museo Científico Sudamericano”, y se mostró en Buenos Aires en el verano de ese año. En un contexto donde abundaban los Arnaud y los Bennati, Holmberg —según Doering— se estaba ya pareciendo a ellos, a esos Barnum de la ciencia, es decir, al empresario estadounidense del ramo de los circos y museos, famoso por sus célebres engaños en el mundo del entretenimiento y a quien se le atribuiría el lema “a cada minuto, nace un tonto” (Podgorny, 2009, 2013). Holmberg, por su lado, resolvió

no publicar una sola línea que tuviera atingencia con la expedición al Chaco, por lo mismo que, según órdenes de S.E. el Ministro de la Guerra en campaña, debía embarcarme de un momento a otro, y, desde que había aceptado tales órdenes, me parecía que lo que conmigo tuviera atingencia debía reservarse para más tarde, subordinado por el momento toda mi actividad a la tarea que se me había confiado. Y tanto es así, que no ha mucho, se publicó en *El Nacional* un suelto en el cual se decía que el Ministro de la Guerra pondría a mis órdenes todos los elementos necesarios para mi viaje a Misiones (asunto relativo a la Academia Nacional de Ciencias), que luego me incorporaría al Ministro expedicionario, y, por fin, que se calculaba en cuatro gruesos volúmenes en octavo mayor lo que escribiría sobre mis viajes —todo lo cual era muy hermoso y contenía una promesa en octavo o en ochocientosavos, de cosas que no se pueden leer, y, más aún, de cosas que no se pueden decir. ¡Cuatro volúmenes, antes de hacer el viaje 7!

La acusación más injusta, según Holmberg, era otra. Había trascendido que había sido él quien, en 1884, habría introducido al ministro de Guerra al señor Arnaud, cuando la primera vez que había escuchado su nombre había sido en el vestíbulo de la casa de gobierno nacional. Le fue presentado en el despacho del coronel ingeniero Olascoaga, quien después de recibir a Holmberg y de conversar un momento, le pidió regresara dos días más tarde porque ahora deseaba conversar con Arnaud, joven muy instruido y fino, compañero del famoso explorador del África. Adolfo Doering, que estaba presente en esa reunión y hasta ese momento a cargo de la futura comisión, le manifestaba mientras tanto el deseo del ministro en cuanto a la forma en que debía cumplir su cometido, la única que “podía dar los mayores resultados por las condiciones de trabajo y colaboración”. Al día siguiente, Arnaud era nombrado en remplazo de Doering, quien renunciaba. Holmberg, siguiendo órdenes, regresó donde Olascoaga para presentarle a su primo Carlos Rodríguez Lubary, quien debía encargarse de los articulados (artrópodos), según los deseos expresados por Doering antes de renunciar. Más allá de si Arnaud era instruido o ignorante, de su carácter audaz o valiente, Holmberg no quiso inmiscuirse. Tampoco quiso averiguar si Olascoaga había hecho mal o bien: “todos tenemos móviles para nuestros actos y pocas veces podemos determinar cuáles serán

sus encadenamientos ulteriores.” En cambio, sí era cierto que había preparado cajas y preservativos para las colecciones que haría su primo, además de modificar y diseñar instrumentos para realizar las colecciones: la lista de objetos entregada a Arnaud para tal fin, constaba de 25 partidas, figurando en primera línea 10 cajones, el mayor de más de un metro de largo y los otros sucesivamente menores, de tal manera que, al llevarlos uno dentro del otro, ocuparan el menor bulto posible. Holmberg insistía: la mera presencia de Arnaud no determinaba el desprestigio o la falta de éxito científico de la expedición. Éste estaba garantizado por el resto de los acompañantes. A fin de cuentas, el señor Arnaud no tenía que hacer de sabio, sino de jefe de una expedición que debía reunir colecciones de historia natural, colecciones que luego serían puestas en manos competentes, como lo exige hoy la división del trabajo científico. Serán buenas o malas, pero... “eso no es lo que achica”, concluía, citando el decir de una viejita a otra, cuando ésta lamentaba el gasto colosal de aquella porque le había pagado el boleto en el tranvía.

Así, en ese marco de conflicto declarado entre los profesores de Córdoba y Buenos Aires, en febrero de 1885, a fin de continuar los estudios relativos a la historia natural de los territorios del Chaco y comarcas inmediatas, de acuerdo con la Ley de 15 de septiembre de 1884 y aprovechando los ofrecimientos de varios miembros de la Academia Nacional de Ciencias, el Ministerio de Marina decretaba que se comisionaría a los profesores Holmberg —director de la expedición— y Florentino Ameghino para proceder a completar los estudios y trabajos sobre la constitución física de la zona en la forma que creyeran más conveniente. La comisión se completaría con los ayudantes Constantino Solari, Federico Schulz, Carlos Goloner y Carlos Ameghino, a los que se les asignaba un sueldo de 100 pesos mensuales. Al terminar sus estudios, los profesores debían elevar un informe detallado de las observaciones y estudios realizados. “La verdad es que la situación del Tesoro y los momentos actuales convidan a hacer esos y otros gastos” —decían los periódicos— indicando, con ello que los dineros públicos, así como en épocas de crisis no debían malgastarse en estos lujos, ahora servían para invertir en cuantas comisiones fueran necesarias ⁹.

Con la publicación de esa noticia, en pleno carnaval de 1885, ardió Troya. Mientras, Arnaud, en el Chaco salteño, creía haberse quedado ciego por los fuegos artificiales que el ingeniero Donegani había experimentado en ocasión de los festejos del rey Momo (Arnaud 1889a), Doering y Holmberg se peleaban. *El Diario*, que antes había denunciado a Arnaud, reconstruyó la discusión acalorada de Holmberg y Adolfo Doering en plena calle. Doering se opondría decididamente a tal expedición porque así le convenía a la Facultad de Córdoba, impidiendo que los profesores de aquélla formaran parte. La facultad, influenciada por él, resistiría a cualquier resolución del ministro de Instrucción Pública, pues las decisiones de aquélla eran superiores a las determinaciones de éste. Holmberg le contestaba que no fuera “pavo”, que el decreto estaba firmado por el Presidente de la República y por el ministro de Guerra, que el primero tenía interés en que la expedición se hiciera y que jamás se había imaginado que la facultad se opusiera a las decisiones del gobierno nacional, de quien dependía. Volvían a acusarse de la responsabilidad mutua de haber dejado partir a Arnaud, ese “farsante ignorante”, “aquel famoso gallego cuyo nombre no recuerdo”, sin ayudantes de valía ¹⁰.

“Parece que van saliendo los gatos que estaban encerrados!” — comentaba *El Diario* sobre esta conversación. Doering indignado, le adjudicó esa columna a Holmberg, llamándolo “mocososo” y nombrándolo con su diminutivo. La disputa se haría entonces entre el mancebo “Eduardito” y “Adolfito, el más estimable de los rubios que zambullen en cualquier charco en que pueda servir de nadadera a un *petit-crevé*”, agresiones jocosas en un clima de carnaval con “descargas y estallidos de una alegre locura científica”. En el *Sud-América* Doering lo acusaba de esgrimir “pomos sabios”, falsificaciones escritas para descompadrarlo —“si fuese posible”— con algunos altos oficiales del gobierno nacional. “D. Eduardito, que de vez en cuando tiene la costumbre de mirar espectros que le persiguen” no tenía en cuenta que su oposición a la partida se debía al calendario universitario. El Consejo de la Universidad de Córdoba y varios diarios de aquella ciudad, desde hace tiempo se oponían a la salida de los catedráticos de la Facultad de Ciencias Físico-Matemáticas durante la primera parte del curso escolar. El número de estudiantes había aumentado de una manera remarcable y se reclamaba un servicio más estricto y

continuado que en otros tiempos. La salida de los profesores podía efectuarse sin estorbo en la segunda mitad del año escolar, tan pronto se hubiese concluido el curso principal, principiándose el de las repeticiones. En cambio, si salían al principio del curso, quedaba inutilizado el resto.

Holmberg sacó a relucir los manejos oscuros de Doering; recordó el atraso en entregar, incompleto, el informe geológico de la Expedición al río Negro y las actitudes bifrontes de “este ilustre sabio, imponderable zambullidor desplumado, palmípedo incipiente”. Mientras tanto, la descripción geológica del río Negro seguía sin aparecer. Holmberg, como si se tratara de los pasos de un torneo de esgrima relataba:

habla de promesas no cumplidas; de libros que faltaban, de puntos no estudiados. Nota va, nota viene y la entrega no sale. El Ministerio, entretanto, la reclama. Vuelven notas, vengan, vayan. El Dr. Doering se pone en guardia, quita aquí, defiende allí, para este golpe, desengancha en tercia, hace una finta peculiar a su juego y se viene a fondo con una carta: El general X me ha dicho que en los altos círculos oficiales, corre que Ud. y yo retardamos la publicación del informe para luego repartirnos los sueldos ¿Por *sicuela*? Al instante presenté al Ministerio una nota renunciando indeclinablemente a todo sueldo, pero no a la dirección de la obra, pues si salía de mis manos, el Dr. Doering no lo acabaría nunca.

Otra nota, otro enredo. Se lo nombra director. Estamos en 1885 y la obra no se ha concluido. Se anuncia la Expedición al Chaco con Doering como director. Holmberg ofrece al ministerio sus servicios para “así templar en algo los efectos del espíritu intrigante de Adolfo”. Doering hace no sé qué enredo y renuncia. En su lugar se nombra a Arnaud”. Los indignados de Córdoba y Buenos Aires no deben haber pensado que quizás el ministro, harto de estas idas y vueltas, haya optado por alguien sin historia, porque, llegados a este punto, si Arnaud no cumplía, tampoco sería una novedad.

Doering retrucaba a estas “cabriolas de la fantasía excitada”, declarando no haber recibido nada en pago del Informe de la Expedición al río Negro; “lo cual no es extraño, porque no la ha terminado”—contratacaba Holmberg. Le espetaba haber corregido y puesto en castellano comprensible los disparates escritos en

un idioma que no era más que un conjunto de cosas de aspecto imaginario. Se sorprendía de cómo Doering podía ser tan olvidadizo y no recordar los buenos momentos pasados juntos para “averiguarnos recíprocamente que habría querido él decir con tales o cuales palabras, frases y párrafos que más de una vez le torturaron el caletre”, transportado a “un medio de infinitas claridades y eternas alegrías del entendimiento apretado”. Todo se arregló. Doering autorizó a los profesores Kurtz y Ameghino gestionando su reemplazo temporario por otro docente que no sería otro que él mismo.

LA VERDADERA Y LEGÍTIMA

La excursión al Chaco, dirigida por Holmberg, partiría en marzo. Ya embarcado en el “Río Uruguay”, Holmberg abandonaba el periodismo y el puesto de redactor de *La Crónica* que había contribuido a fundar. “No faltará algún curioso que pregunte si mi despedida tiene alguna otra causa que mi viaje al Chaco. Sí, la tarea formidable que seguirá al regreso. Si alguien tiene más curiosidad, contéstenle que en adelante, cuando escriba mis artículos en *La Crónica*, serán firmados. *Au revoir*”. Los hermanos Gutiérrez, médicos, escritores y propietarios de ese y otros periódicos de Buenos Aires, se lamentaban, pues perdían al redactor científico de más peso en la Argentina, cuyos artículos eran buscados por las academias y los estudiantes; perdían una pluma robusta, capaz de dar abasto a todo y en cualquier circunstancia. Parecía que el viaje al Chaco era un adiós definitivo. Iban camino a latitudes en donde los rigores malsanos del clima eran una tortura, en donde el peligro no era una quimera y los sufrimientos no eran imaginarios. Abandonaban la dulzura del hogar y las comodidades y halagos de la civilización, impulsados por la vocación, el amor a la ciencia y al progreso argentino ¹¹.

Para marzo, ya nadie dudaba que la primera expedición había sido desgraciadamente organizada,

obrando el Ministerio según entendemos, con la prisa de los últimos momentos, por informes ligeros o sin base sería respecto a la competencia de las personas a las que fue encomendada. Nuestros hombres de estado han creído y con razón, que los sacrificios hechos para

costear observatorios astronómicos, academias científicas y sabios extranjeros traídos a la dirección de los museos públicos, recaían en honor del país, porque las obras de Burmeister y de Gould, de Latzina, de Lorentz, de Doering, etc., mostraban a la Europa y al mundo que la nación que las costeaba, las aplaudía y las fomentaba era una nación cuyo nivel intelectual y civilizado era ya alto y que sabía poner su grano de arena en la labor común de los pueblos que es la ciencia, patrimonio de toda la humanidad. Hoy que hay argentinos ya, ocupando puestos distinguidos en el mundo científico y a los que vemos citados con aprecio en las obras europeas, el gobierno debe felicitarse con doble razón de sus esfuerzos por el adelanto de la instrucción superior en la república, y no creer que realice obra de poca significación en el anterior sentido, cuando envía a estudiar zonas inexploradas por la ciencia a compatriotas como Holmberg y Ameghino, cuyas investigaciones circularán mañana despertando interés y curiosidad en el mundo cultural americano y europeo ¹².

El 15 de marzo, diez días antes que Arnaud diera por terminada su misión en la ciudad de Salta, la comisión presidida por Holmberg llegaba a Formosa. Esos poetas y sabios que amaban, admiraban, investigaban y comprendían la naturaleza, esos obreros del progreso, esos patriotas, inmediatamente se pusieron en campaña, cazando, pescando, escudriñando el suelo, buscando y rebuscando todo bicho viviente y acopiando toda clase de *yuyos*. Entre ellos, un pescadito de tres pulgadas que parecía ser una *lepidosirena*. En realidad, se dedicaban a ello porque estaban varados por la demora del comandante del vaporcito explorador con los elementos necesarios para hacer zarpar el buque. En aras de aprovechar el tiempo para la ciencia, Kurtz y Florentino Ameghino, incursionaron por el Paraguay, a sus expensas y asistidos por Carlos Ameghino, un entendido ayudante de su hermano, y el joven Solari, un incansable pescador. En Paraguay conocieron al matrimonio Bommert, quien inició gestiones para convencer la necesidad de establecer un museo en Asunción y que las excavaciones se hicieran en beneficio de la nación. La visita de Ameghino había despertado en ellos la posibilidad de vivir de la colección y venta de animales, fósiles y minerales del país; si él se comprometía a ayudarlo —es decir, si le enviaba una suma mensual— cambiaría su oficio y transformaría su carpintería para abrir un laboratorio de historia natural que, luego, podría tener una filial

en Buenos Aires. Le solicitaba pinzas y cajas para coleccionar coleópteros, hilo de metal para montar los pájaros, vasos de vidrio para conservar animales, una lupa, una brújula y manuales para la disección y taxidermia. La esposa se metería también en el asunto. Como es de suponerse, esta espera, más allá de los posibles negocios y nuevas vocaciones que iba gestando día a día, era un punto negro que preocupaba a Holmberg y a sus compañeros, pues comprometía el éxito de la misión. *La Nación*, quizás en palabras de Holmberg, reportaba:

Son los entorpecimientos burocráticos del Ministerio la rémora de una empresa desinteresada, destinada a levantar más alto el nombre del país en el mundo científico. Las mejores intenciones, la competencia probada, el celo más decidido, animado del fuego sagrado de la vocación, no pueden luchar con la inercia oficinista y son en parte esterilizados. Basta decir que expira la licencia acordada a los profesores de la Comisión, para comprender cuán ridículo es para el Gobierno un proceder semejante y cuán ofensivo es a la dignidad de la ciencia y a la simple consideración personal mandar a esos caballeros a practicar estudios y colecciones con un tiempo determinado, dejándoles privados de los más indispensables elementos de movilidad.

La jovialidad y una simpática solidaridad por salir airosos de la misión ayudaban a campear el mal humor con la lentitud oficial: “estos no son sabios erizos e hinchados, como se nos figuran antes de conocer a los hombres consagrados al amor de las arañas, de los líquenes, caracoles, huesos, piedras y otras menudencias, jeroglíficos para el común de los mortales”. El escultor Correa Morales, otro primo de Holmberg que también era de la partida, daba, mientras tanto, la nota artística. Había encontrado varias arcillas plásticas, reconocidas por Ameghino, con las que había ejecutado algunos bocetos, además, había tomado vistas fotográficas de la selva virgen formoseña. Al final, si no hubiese sido por la cooperación de la Gobernación de Formosa, a cargo del inglés Ignacio Hamilton Fotheringham, ni siquiera hubiesen podido hacer ligeras excursiones por agua y tierra. Se planteaba una paradoja: “esta vez que el Gobierno Nacional ha tenido el acierto de reunir hombres competentes para un objeto tan digno de

atención sería sensible que por indolencia y descuido dejaran incompleta la obra ^{13''}.

Con todo, la expedición de Holmberg había sido fecunda, práctica y benéfica por el descubrimiento de la causa del mal de cadera o "surra" que atacaba a los caballos de las provincias tropicales, una infección parasitaria poco conocida en Buenos Aires. En las filas de Victorica habían perecido cerca de 4,000 animales. Se trataba de un mal que —al igual que en el resto de las regiones tropicales y subtropicales de América, Asia y África— lesionaba los intereses regionales destruyendo por cientos y por miles los animales útiles: camellos, mulas, caballos, dromedarios. Poco antes, el emperador del Brasil había contratado en Europa un equipo de reputados veterinarios quienes, según *La Crónica*, se hicieron pagar viajes de príncipes y sueldos de magnates para decir que la enfermedad puesta bajo su estudio era incurable y de causa desconocida. "Lo que quiere decir, en buen castellano, que robaron a S.M. la plata. Si no conocían la causa de la enfermedad, ¿cómo pudieron saber que era incurable? Probablemente se trataría de algunos veterinarios compañeros de Stanley, de la talla de un personaje científico oficial sacado a luz no ha mucho por el Ministerio de la Guerra". El mal olfato de muchos servía como consuelo.

El probable descubrimiento de Holmberg de la causa del mal de caderas, si se confirmaba, debería adquirir gran repercusión. El mal se manifestaba con más violencia en ciertos años, sobre todo en el otoño e inicios del invierno a manera de epidemia. Cuando aparecía, el estanciero se resignaba a perder toda su caballada. En el Mato Grosso, los habitantes adiestraban bueyes como para que, en esas temporadas, les sirvieran de cabalgadura. Holmberg atribuía la enfermedad a un organismo que suponía del grupo de los entozoarios y cuya acción podría compararse con la del gusano nematodo llamado triquina. La casualidad les había dado la posibilidad de observar y experimentar con un caballo muerto en la casa donde se alojaban. Mientras Roberto Wernicke, médico y bacteriólogo argentino educado en Jena, en 1885 ratificaba las conclusiones preliminares de Holmberg, la causa estaba recibiendo su nombre en la Birmania británica: *Trypanosoma evansi*. Antes, en el Punjab, un inspector veterinario del ejército británico había reportado en 1880 sus observaciones y la existencia de

parásitos espiraloides en la sangre de los animales infectados por esta enfermedad “oscura y fatal”. El mayor mérito del Chaco quedaba en la nada por los hallazgos del otro lado del mundo ¹⁴.

A mediados de mayo de 1885 Holmberg, Ameghino y Kurtz regresaban del Chaco, donde por dos meses habían observado la naturaleza como poetas y como sabios. Diez días después, Arnaud salía de Salta, donde había permanecido, convaleciente de una enfermedad en el hígado y el 5 de junio llegaba a Buenos Aires. La prensa, con excepción de *La Crónica*, apenas si saludó el arribo de estos desinteresados obreros de la ciencia nacional. En esos mismos días Victorica renunciaba al ministerio en desacuerdo con la candidatura presidencial del cordobés Miguel Juárez Celman —protector de los Doering— y como todo aquello que no era materia electoral o no se relacionaba con ella era acogido con indiferencia, en este caso servía de pudor para cubrir la vergüenza del fracaso de unos. Y de otros ¹⁵.

Los expedicionarios —los legítimos— trajeron de 7 a 8 mil animales, 4 a 5 mil plantas y varios fósiles y muestras de tierras destinadas a dar “el conocimiento completo de la región recorrida y a servirnos de base para los juicios acertados del rol que se le asigne en la evolución múltiple de nuestra riqueza”. Tampoco faltaban las observaciones meteorológicas en su expresión numérica y gráfica. Al estudiar este material de observación, se procedería a escribir una obra que exigiría por lo menos un año y medio para su redacción por parte de los especialistas. Del diario y las observaciones de carácter general había gran parte redactado, así como de las secciones referentes a la flora, la paleontología y la fauna. Sin embargo —destacaban— los resultados no habían sido tan importantes como los esperados, en parte por los nulos elementos de movilidad con que contaron.

Tanto mofarse de Doering, tanto burlarse de Arnaud y, al final, los informes de esta comisión nunca se publicaron, como tampoco las observaciones sobre el mal de cadera. Arnaud, en cambio, no desaprovechó el regalo del destino y construyó su nombre y su futuro asociado al Chaco. Entregó sus notas, publicó varios sueltos en los diarios y envió informes al Instituto Geográfico Argentino. En el informe oficial publicado por el ministerio en 1885 figuran las suyas y ninguna de Holmberg. En 1889, con las cartas y anotaciones tomadas y elevadas durante la expedición, publicaría

Del Timbó al Tartagal. Impresiones de un viaje á través del Gran Chaco. Arnaud, sin dudas, había triunfado. Los mismos que habían lanzado “al público la duda del éxito, los mismos círculos que vituperaban al gobierno por poner en manos desconocidas una misión tan importante como delicada”, terminaron reconociendo su error y convertir sus críticas en elogios por los resultados de los varios meses de jornada. A tal punto que cuando Arnaud en 1889, camino a la exposición de París, pasó por Madrid para visitar a Marcelino Menéndez Pelayo, se presentó como delegado de la República Argentina y corresponsal científico de *El Diario*. Aquel periódico fue el que más duramente lo había cuestionado y donde, en 1887, publicó las observaciones sobre la laguna La Brea en Jujuy, que hasta hoy, lo encumbran como uno de los descubridores del petróleo argentino¹⁶. En las obras que le dejaba a don Marcelino se disculpaba por los magros resultados apelando a las pérdidas accidentales y al personal deficiente. Arnaud alertaba —copiando una célebre frase de Ameghino en *Filogenia* (1884): “no espere el que lea este libro, encontrar en él bellezas literarias” (Arnaud, 1889a y b). Podría decirse que gracias a estas publicaciones y a sus afirmaciones sobre la negrura de la brea argentina, pudo educar a sus hijos en Francia y vivir una existencia holgada en los Estados Unidos.

Leopoldo Arnaud no fue el primer impostor o charlatán en llegar a Buenos Aires con ganas de devenir explorador rentado por el gobierno. Tampoco los argentinos tuvieron la exclusividad en este rubro y no deberían sentirse especialmente vejados por la credulidad con la que sus gobiernos cayeron en las redes de los fraudulentos. Así como Bennati había sido aclamado en Bolivia, José Carlos Manó, su secretario francés, había seguido viaje hasta Colombia y Guatemala, donde obtuvo sendas jefaturas de las comisiones científica y geológica sin otro mérito más que su capacidad con las palabras y los papeles. Por lo visto, el mismo Arnaud logró —en el norte y en el sur del Ecuador y en ambos lados del océano— convencer hasta el fin de sus días y aún a sus hijos, que era doctor en ciencias naturales. La falsificación, de más está recordarlo, fue una de las grandes empresas de la segunda mitad del siglo XIX ligada a la expansión de la industria tipográfica, al valor de los títulos y a la creciente capacidad técnica de los individuos promovida también por la publicidad y la imprenta.

Muy probablemente jugaran a favor de Arnaud, además de alguno que otro papel hecho con propias manos, sus finos modales y su experiencia en climas tropicales: Cuba y el Congo debían haberse parecido bastante a inhóspito Chaco austral. O por lo menos haber sonado así para los oídos del Ministerio de Guerra y de otros argentinos acostumbrados a los climas templados del puerto o al frío inhóspito de la Patagonia.

Los mecanismos y argumentos de este episodio, ligados a la dirección de la expedición científica al Chaco muestran también el papel de la prensa, los sueltos firmados y las solicitadas anónimas. Con ello, las reglas de la pampa copiaron las estrategias de los charlatanes de feria, esos que curaban y ofrecían remedios milagrosos, agitando los diarios con testigos y campañas encabezadas por “los amigos de la verdad”. ¿Por qué no hacerlo? A fin de cuentas, la profesión de charlatán, había tenido éxito y gozaba de más de medio milenio de buena salud compulsando, según criterios plebiscitarios, la verdad y la falsedad en la plaza y en los periódicos. Pero a diferencia de ellos, que no escribían ni construían nada, la lógica facciosa de la vida científica fue sedentaria. De ella nacieron instituciones, museos y colecciones para el bien del país y la prosperidad de los habitantes de buena voluntad que habitaron la nación argentina. Por otro lado, la prensa —y sus charlatanes— vehiculizaron muchas novedades. Conectada a la red de cables, telégrafos, corresponsales o correo, definiría la circulación de las primicias científicas. Al leer esos periódicos, repletos de invenciones y de inflamación progresista, se despertaron deseos de emulación, de crear objetos, de producir electricidad para el pueblo, anestesia para los dolorosos, árboles y petróleo para el provenir.

Ahora que llegamos al final, proponemos volver a leer el trabajo como una doble llamada de atención. Por un lado, como una precaución historiográfica —también de Perogrullo— sobre la necesidad de no caer en el embrujo de las palabras de los “autores”. Podemos seguir varias décadas más creyendo en ellas, en sus variaciones. Y, al hacerlo, nos deberíamos reconocer nietos de Arnaud. Un linaje que no tiene nada de malo, no olvidemos que crió a sus hijos y los educó en la Universidad de Columbia. Pero también podemos reconocer que no dicen nada, que están vacías y sin embargo, describen el mundo, viajan, cruzan el Atlántico y

llegan al presente, dan origen a tesis y a nuevos libros. Entonces, llegamos a la segunda advertencia: a la reflexión acerca de por qué las historiografías de las ciencias nacionales y regionales han contribuido a esconder el lado mentiroso de sus protagonistas. Llegados a este punto, lejos de celebrar a la estafa o al estafador, lo que habría que preguntarse es si, en vez de la verdad, al conocimiento no lo moviliza, aún con más ingenio, la mentira. Arnaud, si fue aquel estafador desenmascarado por el abuelo de un dictador, tuvo que conocer las formas de la verdad con una precisión hasta quizás mayor que la de los sinceros. Incluyamos a Arnaud en las ciencias que, al fin de cuenta, como los ingenieros de Tarija, con sus gestos aprendidos para sobrevivir en la vida y en el monte, le enseñó quién sabe a cuántos otros que los pájaros del Chaco están ahí para que alguien los diseque, los venda o los estudie.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco la lectura y comentarios de Edna Suárez y Gisela Mateos, así como las ideas surgidas durante el coloquio Lo Global y lo Local celebrado en la UNAM en 2014. Parte de los materiales de este trabajo proceden de una carpeta de recortes realizada por Florentino Ameghino y depositada en la Biblioteca de la Estancia Los Talas (Luján, Argentina). Este trabajo forma parte del proyecto PIP financiado por el CONICET.

NOTAS

- 1 Leguizamón, hijo de un coronel de la Independencia, había heredado establecimientos comerciales en Salta, incluyendo la iniciativa de una empresa de navegación del Río Bermejo. Compartió su tiempo entre la política, el comercio y los estudios anticuarios, antropológicos y arqueológicos (Romero Sosa, 1936 y Podgorny, 2011a).
- 2 Político, escritor, periodista y geógrafo boyacense, Felipe Pérez, perteneció a una familia compuesta por literatos, estadistas y científicos. Su hermano Santiago fue presidente de la República de Colombia durante el periodo 1874-1876. Hizo parte del grupo de los liberales radicales y, como militante activo, ocupó desde muy joven varios cargos públicos. En 1852 fue nombrado secretario de la Legación de la Nueva Granada ante los gobiernos de Ecuador, Perú, Bolivia y Chile. Escribió ensayos y una serie de novelas históricas inspiradas en personajes de la historia peruana. Felipe Pérez no participó directamente en los trabajos de campo de la Comisión Corográfica, como sí lo hizo su hermano Santiago, pero a pesar de esta circunstancia se le encargó la recopilación de los materiales dejados por la Comisión. Con esos materiales elaboró la Geografía física y política de los Estados Unidos de Colombia. Cf. Claudia Vásquez V. www.banrepcultural.org/blaa-virtual/biografias/perefeli.htm y Podgorny 2012.
- 3 "Expedición al Chaco", *La Nación*, 27 de septiembre de 1884; "La Comisión Científica" y "Publicación Pedida. La Comisión Científica al Chaco", *La Crónica*, 28 de septiembre y 4 de octubre de 1884.
- 4 Archivo General Militar de Segovia, legajos de Hipólito Arnaud Gómez y de Leopoldo Arnaud Oliver.
- 5 Sobre la vida posterior de Arnaud, ver, entre otras cosas, *Monthly bulletin of the International Bureau of the American Republics, International Union of American Republics* (1902), sobre su casamiento y familia política, <http://query.nytimes.com/gst/abstract.html?res=9506E7D61431E033A25752C2A9659C94659ED7CF> y Patente US USD16535, también, Leopoldo Arnaud a Marcelino Menéndez Pelayo, Madrid 18 de octubre de 1889, "carta 194 publicada en *Obras Completas, Epistolario*, Volumen 10 (Mayo 1889- Diciembre de 1890), <http://www.larramendi.es/menendezpelayo/i18n/corpus/unidad.cmd?idCorpus=1002&idUnidad=154088&posicion=1>
- 6 Citado en Podgorny 2011 c.
- 7 Al primer campanazo. Carta del Dr. Eduardo L. Holmberg", *La Nación*, 29 de noviembre de 1884.
- 8 Ibid.
- 9 Estudios en el Chaco", *La Prensa*, 1 de febrero de 1885.

- 10 Todo lo que sigue se basa en "Dr. Holmberg versus Dr. Doering", *El Diario*, 20 de febrero de 1885; Expedición científica al Chaco. Doering versus Holmberg", *Sud-América*, 21 de febrero de 1885, Expedición Científica al Chaco. Holmberg versus Doering", *La Crónica*, 22, 23, 24 y 25 de febrero de 1885; Doering versus Holmberg", *Sud-América*, 23 y 24 de febrero de 1885; también citado en Podgorny 2011c.
- 11 "Expedición científica al Chaco", *La Crónica*, 13 de marzo de 1885; "El Dr. Eduardo Holmberg", *La Crónica*, 19 de marzo de 1885.
- 12 "Expedición científica al Chaco", *La Crónica*, 13 de marzo de 1885;
- 13 "La Comisión Científica al Chaco. De nuestro corresponsal. El mal de caderas. Descubrimiento de su causa por el Dr. Holmberg. La Comisión científica. Sus trabajos y colecciones. Trabas burocráticas. Adelanto de Formosa. Su población y comercio", *La Nación*, 17 de abril de 1885.
- 14 Ver por ej., Salmon y Wardell Stiles 1902 con la bibliografía existente sobre el tema hacia 1900.
- 15 "Cosas científicas", *La Crónica*, 27 de mayo de 1885.
- 16 "La Laguna de la Brea. Exploración para constatar la existencia de petróleo en la Provincia de Jujuy". *El Diario*, Buenos Aires, 12 de octubre de 1887.

BIBLIOGRAFÍA

- Anónimo. *Diplomas i documentos de honor de Europa y América que adornan el nombre del ilustre comendador, Dr. Guido Bennati: publicacion hecha para satisfacer victoriosamente a los que quieren negar la existencia de ellos*. Cochabamba: Imprenta de Gutiérrez, 1876.
- Arnaud, Leopoldo. "Expedición al Chaco. Informe sobre las observaciones efectuadas en el Chaco por el Gefe de la Expedición Científica." *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, 6 (1885): 201-210.
- Arnaud, Leopoldo. *Del Timbó al Tartagal: impresiones de un viaje á través del Gran Chaco*. Buenos Aires: Imp. de El Río de la Plata, 1889a.
- Arnaud, Leopoldo. *Una expedicion por las regiones mineras del norte de la republica; impresiones de viaje*. Buenos Aires: Establecimiento tipográfico El Censor, 1889b.
- AAVV. *Campaña del Chaco. Expedición llevada a cabo bajo el Comando inmediato del Exmo. Señor Ministro de Guerra y Marina, General Dr. Don Benjamin Victorica en el año de 1884 para la exploración, ocupación y dominio de todo el Chaco Argentino*. Buenos Aires: Publicación Oficial, 1885.
- Cook, Harold. *Matters of Exchange: Commerce, Medicine, and Science in the Dutch Golden Age*. New Haven: Yale University Press, 2007.
- GGYF. *Los criminales de Cuba y el Inspector Trujillo*. La Habana: La Propaganda, 1881.
- Kittler, Friedrich. *Aufschreibesysteme 1800/1900*. München: Fink, 1985 (*Discourse Networks 1800 / 1900*, with a foreword by David E. Wellbery. Stanford 1990)
- Leguizamón, J. Martín. *Límites con Bolivia*. Artículos publicados en "La democracia" de Salta. Salta: Imprenta Argentina, 1872.
- McCray, W. P. Amateur scientists, the international geophysical year, and the ambitions of Fred Whipple. " *Isis*, 97(4)(2006): 634-58.
- Outram, Dorinda. *Georges Cuvier: Vocation, Science, and Authority in Post-revolutionary France*. Manchester: Manchester University Press, 1984.
- Podgorny, Irina. "La industria y laboriosidad de la Republica. Guido Bennati y las muestras de San Luis, Mendoza y La Rioja en la Exposición Nacional de Córdoba". En *Argentina en Exposición: Ferias y Exhibiciones durante los Siglos XIX y XX*, editado por S. Di Liscia y A. Lluch, 21-59. Sevilla: CSIC, 2009.
- "Coleccionistas de arena. La Comisión Médico Quirúrgica Italiana en el altiplano boliviano, 1875-1877", *Antípoda* (2010):165-188 .
- (a)"Fronteras de Papel. Archivos, colecciones y la cuestión de límites en las naciones americanas". *Historia Crítica* 44(2011): 56-79.
- (b) *Guido Bennati. Los Viajes en Bolivia de la Comisión Científica Italiana*. Santa Cruz de la Sierra: Fundación Nova, 2011.

- (c) “Los reyes del Diluvio. La geología del Cenozoico Sudamericano en la década de 1880”. *Ameghiniana: Asociación Paleontológica Argentina*, 12: 21-34, 2011
- Charlatanes. Crónicas de remedios incurables*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2012.
- «Falsehood on the move. The Aztec Children and Science in the Second Half of the 19th Century.” *Medicina nei secoli. Arte e Scienza* 26, 1: 223-244.
- (a) “From the Lake Titicaca to Guatemala. The incredible travels of Joseph Charles Mano, and his wife of unknown name.” en: *Nature & Antiquities. The making of Archaeology in the Americas*, editado por P. Kohl, I. Podgorny & S. Gänger, 125-144. Tucson: The University of Arizona Press, 2014.
- (b) “El colmillo de Sarmiento. Apuntes para una autobiografía de Florentino Ameghino”, en *Florentino Ameghino en Mercedes. Homenaje en el centenario de su fallecimiento*. Mercedes: Museo Carlos Ameghino, 2014: 47-62.
- “A Charlatan’s Album: Cartes-de-visite from Bolivia, Argentina and Paraguay (1860-1880).” En: *From Dust to Digital. Ten Years of the Endangered Archives Programme*. Editado por Maja Kominko, (Cambridge: Open Book Publishers), 2015: 417-443.
- Florentino Ameghino & Hnos. Empresa Argentina de Paleontología Ilimitada*, Buenos Aires: Edhasa, 2016.
- Podgorny Irina y M. Margaret Lopes. *El desierto en una vitrina. Museos e historia natural en la Argentina, 1810-1890*. México: Limusa, 2008.
- Podgorny, Irina y Wolfgang Schäffner. “La intención de observar abre los ojos: narraciones, datos y medios técnicos en las empresas humboldtianas del siglo XIX”. *Prismas*, 4 (2000): 217-27.
- Roberts, Lissa. “Situating science in global history: local exchanges and networks of circulation,” *Itinerario* 33(2009): 9–30.
- Romero Sosa, Carlos G. Don Juan Martín Leguizamón. Salta: Unión Salteña, 1936.
- Salmon, D.E. y Ch. Wardell Stiles. *Emergency Report on Surra, with a Bibliography of Surra and allied Trypanosomatic Diseases by Albert Hassall*. Washington: Government Printing Office, 1902.
- Secord, James. “Knowledge in transit.” *Isis* 95 (4)(2004): 654-72.
- Trujillo y Monagas, José. *Los criminales de Cuba*. Santa Cruz de Tenerife: Idea, 2006.

APÉNDICE

Los viajeros en Colombia y Sur América

Felipe Pérez

I.

Monsieur Gervasio es un sujeto que hizo su fortuna en el comercio de baratijas, sin más tienda que un cajón ni más libros que su memoria. Sus parroquianos fueron numerosos, y no hubo aldea ni caserío que no recorriese en el país de sus especulaciones. Vender, vender cargando a la factura un setenta y cinco por ciento era todo su programa, y no dar jamás una vara de cinta ni una pasta de jabón al fiado, salvo que fuese sobre prendas de calidad, porque entonces, preciso es ser verídicos y decir que en este caso *monsieur* Gervasio era un hombre muy tratable y estaba siempre dispuesto a faltar a la rigidez de su sistema. Pero donde *monsieur* lució más en la exhibición de sus altas dotes comerciales, fue en las fiestas de parroquia. Presentábase en ellas con su cara mofletuda y sus maneras a la *francesa*, y desde el primer momento ya las niñas dejaban de pensar en los niños, y hablaban como unas cotorras de los espejos, encajes y demás perendengues del *extranjero*, hasta causar fastidio a las mamás, y hacer montar en cólera a los buenos de los papás, poco complacientes en materia de gastos.

Impasible como el Judío Errante, *monsieur* Gervasio iba y venía sin que fueran bastantes a detenerlo ni ríos crecidos, ni valles abrasados, ni escabrosas montañas, ni desiertos.

Con su cajón pendiente de los hombros y el largo palo que le servía de apoyo y de defensa, se le veía llegar tarde de la noche a las posadas y salir de ellas con los primeros resplandores del día. *Monsieur* Gervasio viajaba siempre solo, porque se decía, y se decía con razón: «Aunque los compañeros paguen siempre por mí, con una vez que yo pague por ellos soy hombre perdido». Y en esto de cuentas, pocos *monsieurs* habrá en el orbe tan hábiles como Gervasio.

Tampoco tuvo jamás criado, porque también decía, y decía con razón: «Para tener disgustos, conmigo sobra; y yo, al menos no me robo».

En materias políticas era también un tanto filósofo monsieur Gervasio. En los treinta años de su vida y pico, había sido *borbonista, bonapartista, orleanista y republicano*; esto es, todo lo que puede ser un buen galo. «Yo estoy por mi país, decía monsieur Gervasio; ¡oh!, ¡la Francia, la Francia!» Y efectivamente la Francia era la ninfa de sus únicos amores, como era la *Marsellesa* su canto favorito.

Tan luego como monsieur Gervasio se puso en algunos cuantos reales, resolvió dejar el triste oficio de *cabotajero* terrestre, y emprendió otro más digno de un súbdito del emperador, que aunque más tardío, era más lucrativo. Queremos decir que se metió a viajero.

Todo el mundo sabe *qué y cuánto* quiere decir esta palabra en esta nuestra desgraciada América. Un viajero es un caballero de industria de los muchos que hemos visto por acá, que empiezan por hacerse lado con el gobierno y con los que pasan aquí por amigos de las ciencias naturales. Las gangas llueven sobre ellos desde el primer momento... con el gobierno se celebran contratos, y a los *aficionados* se les explota con los petardos.

A veces suele dársele también uno que otro arañazo al Museo Nacional.

Luego que monsieur Gervasio tuvo el buen capricho de pasar de mercachifle a viajero, su primer cuidado fue hacer un trato con el almanaque dándole un santo por otro. Dióle a San Gervasio por San Horacio, por parecerle, si no más piadoso el segundo que el primero, por lo menos más sonoro; y monsieur Gervasio era bien ducho en materia de mundo para no saber que en la nueva empresa que iba a abrazar y en su calidad de literato, no podría adquirir alta fama y *prest* sin la rotundidad en todo, requisito hoy indispensable.

Por otra parte ¿cuál era el negocio que él hacía?, dar el *Gerv* por el *Hor*; o en otros términos, dar cuatro letras por tres, una vez que el *acio* (cambiando la *s* en *c*), perte-necía de derecho a ambos nombres.

Fácil es adivinar que el negocio quedó hecho ese mismo día, y que era la primera vez en la vida que monsieur daba *más* por *menos*.

En cuanto al apellido, el nuevo Horacio no intentó variación alguna. Primero, porque el suyo no era tan malo que digamos:

Molineux; y segundo, porque era de fácil pronunciación; y *Horacio*, que tenía la costumbre de decirse todo, se dijo: «Los apellidos extranjeros difíciles, están muy cerca del apodo, porque el pueblo en la alternativa de tenerlos que pronunciar y no poderlo hacer, los cambia por la primera *chulada* que encuentra a la mano, hasta el punto de hacerlo caer a uno en ridículo; al paso que los fáciles los pronuncian todos aunque no sea más que por hacer notar que los saben pronunciar, y de aquí nace la popularidad. Monsieur Molineux ha salido, monsieur Molineux ha entrado, dirá todo el mundo, con facilidad; pero no podrá decir lo mismo de monsieur Schouprstuarsing».

Esto arreglado, monsieur Horacio pensó en el aderezo de su persona. Dejóse para lo cual crecer las barbas y el cabello, que no se peinaba nunca, como convenía a un viajero, que ha pasado, como las fieras, todo el año en los montes. Metióse en seguida en un levitón de paño, y dio a su andar y a sus maneras una continencia muy distinta del abandono del vendedor de baratijas, que decía que la mejor partida doble era un candado doble. Hecho esto, ya monsieur no pensó más en sí.

Empero, tareas más serias pasaron a llamar su atención. Compró algunos cuadernos en blanco, y pasó varias noches en vela quebrándose los cascos para atinar con el título que debiera poner a su obra. Fijóse por fin en el siguiente, que correspondía bien a su idea:

«Horacio Molineux, o viaje fantástico alrededor del mundo».

El *quid* de la dificultad quedó resuelto, y ya desde entonces nuestro héroe se echó a rodar por los mundos de Dios con todo el garbo que corresponde al hijo de las ciencias, pero sin salir nunca del territorio americano, y la razón es clara.

El primer gobierno a que se presentó monsieur Horacio con las notas recomendaticias del caso, y con todos los titulajos de viajero naturalista, miembro de todas las academias, etc., fue al de ... el cual se apresuró a comunicar por nota circular el suceso a todas las autoridades del tránsito, recomendándoles encarecidamente lo hospedasen con comodidad, y pusiesen a su disposición todos los archivos y maravillas del país, acompañándoles al efecto el itinerario que *monsieur mismo* (sobre este hecho recalca mucho el bueno del soberano) había formado para su excursión.

Ya es de suponerse cuál sería la solicitud con que los señores gobernadores, y en su falta los alcaldes, saldrían al encuentro del eminente viajero francés, siempre y cuando que desde Humboldt y La Condamine ¡El pobre suelo de las Américas no se había visto hollado por pies tan egregios! Baste sólo decir que las comilonas que se metió monsieur Horacio dejaron atrás, y en mucho, a las tan ponderadas bodas de Camacho, y que su equipaje creció tanto en tan poco tiempo, que ya no eran suficientes diez mulas de Cuenca para conducirlo.

Mas, ¿qué contenía este equipaje?

El equipaje de monsieur no contenía, por cierto, los manuscritos de su viaje fantástico, porque aquellos manuscritos no pasaban de borradores, ni aquellos borradores de ligeros apuntes; lo que contenía el equipaje de monsieur Horacio Molineux eran las preciosidades que había podido hallar a la mano, la mayor parte indianas y de un valor subido.

El antiguo vendutero había jurado guerra a muerte, asimismo, a las mariposas de Muzo, a los pájaros de las tierras calientes, a los titíes, y, en general, a todo lo que era valioso por su singularidad.

Mas hablemos ya de los apuntamientos de monsieur Molineux.

Éstos, a la verdad, eran bien diminutos. Componíanse de unas cuantas páginas en desorden, de las cuales daremos idea, refiriendo los siguientes pasajes *auténticos*.

Un día, al atravesar nuestro viajero una calle cualquiera de... vio a un hombre de la sierra que llevaba poncho azul y polainas verdes. Al punto trazó Molineaux en su memorándum:

«Los habitantes de las tierras altas en...visten todos de verde y azul».

Otro día, estando en el malecón de Guayaquil, vio que un grupo de muchachos se entretenía en correr y silbar tras de un zorro doméstico, que se había escapado de una casa vecina. Molineux escribió en su viaje fantástico:

«En Guayaquil transitan los tigres por las calles».

Finalmente, habiendo bajado el Magdalena y observado que, a causa del calor de sus valles y de la vida de semipeces que llevan los bogas, allí, estaban casi desnudos o desnudos por entero, borrajó:

«Dos terceras partes de la población de Nueva Granada, en la América del Sur, andan desnudas».

Meses después supimos por los periódicos de ultramar que la obra de monsieur Molineux, después de causar una gran revolución en los círculos literarios de Europa, había sido adoptada por la Sociedad de la Historia.

Indudablemente el bueno de Gervasio era un sabio, cuando había cambiado los cordeles de su canastillo de baratijas, por los cordones codiciados no sabemos de cuántas órdenes.

II.

A diferencia de monsieur Molineux, sir Tomas Moor era un anticuario de primer orden. Componíase su cámara ambulante, entre otras, de las siguientes preciosidades:

El broche de la capa de Yocasta, con que se sacó el infortunado Edipo los ojos, encontrado en uno de los vericuetos de Tebas;

Una pluma (auténtica) de la paloma que comía en las orejas de Mahoma;

Un casco de metralla inglesa, que había pasado muy cerca de Napoleón, el *grande*, el día de la batalla de Waterloo;

Un arete del inca Viracocha; y

Un guijarro, con el cual dizque se tropezó Epaminondas diez años antes de la batalla de Leuctres.

¡Quién no se imagina cuántos viajes y más penosos que los de Molineux, no tendría que hacer sir Tomas para recoger estas bellezas históricas!

Por otra parte, si Tomas había escrito su nombre en los picachos más altos del Himalaya y del Chimborazo, lo que por sí solo era bastante para fundar cualquier reputación inglesa.

Al paso que sir Tomas Moor se ocupaba en estos trabajos tenía trazado el plan de una obra, cuyo título era:

«*Maravillas articas y Antárticas del globo, por Sir Tomas Moor*»

Empero, la verdad sea dicha: sir Tomas era demasiado estirado y pergaminado para que pensara siquiera en sernos gravoso. Se trataba de una montaña, el buen inglés la había subido hasta la cumbre; de un río, él había visitado sus cabeceras; de un lago, él había cazado en sus orillas; de un despeñadero, sir Tomas había rodado por él; de un árbol, él se había colgado de sus ramas; de una torre altísima, él había repicado sus campanas; en una palabra, él había viajado por las cinco partes del mundo, inclusive la Micronesia, la que había recorrido toda a pie enjuto.

Por lo demás, nada tenemos que decir de sir Tomas, sino que su gloria estaba reducida a haber subido o bajado entrado o salido, ido o venido, hecho o no hecho; pero siempre por orgullo nacional. ¡Era un buen inglés!

En América viajó de incógnito, y no causó daño ni a gobiernos ni a particulares. Por el contrario, bastaba venderle cualquier terrón a guisa de antigüedad histórica, para recibir buenos pesos en cambio.

Como los ingleses lo hacen todo por manía, él viajaba por manía; y según hemos sabido poco después, terminó su vida en las riberas del Plata, en la ímproba tarea de domesticar un caimán monstruo, y de adaptarlo a la navegación fluvial.